



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

BARCELONA

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramírez, Escudillers 40, piso 1.º—1860.

LOS COMPAÑEROS DE JEHÚ.

PRIMERA PARTE.

I.

La mesa redonda.

El 9 de octubre del año 1799, durante una hermosa mañana de aquel otoño meridional, que en las dos extremidades de la Provenza hace sazonar las naranjas de Hyeres y las uvas de Saint-Peray, atravesaba al trote el puente construido sobre el Durance, entre Cavailhon y Chateau-Renard, un coche tirado por tres caballos de posta, dirigiéndose á Aviñon, antigua ciudad pontificia, que el decreto de 25 de mayo de 1791 habia, ocho años antes, unido á la Francia, y confirmado este acto el tratado firmado en 1797 en Tolentino entre el general Bonaparte y el papa Pio VI.

Entró el carruaje por la puerta de Aix, atravesó en toda

su extension y sin detener su marcha la ciudad de estrechas y tortuosas calles, resguardada tan poco del viento como del sol, yendo á detenerse á cincuenta pasos de la puerta de Oulle, en la posada del *Palacio-Igualdad*, á la cual empezaba ya á darse otra vez el nombre de posada del *Palacio Real*, que habia tenido antes y conserva en el dia.

Las pocas palabras, casi insignificantes, que acabamos de dedicar al cambio de nombre que habia experimentado la posada, á cuya puerta se detuvo la silla de posta en que tenemos fijos los ojos, indican bastante por sí solas el estado en que se encontraba la Francia bajo aquel gobierno de reaccion termidoriense, llamado el Directorio.

Despues de la lucha revolucionaria que tuvo lugar desde el 14 de julio de 1789 hasta el 9 termidor de 1794; despues de las jornadas del 5 y 6 de octubre, del 21 de junio, del 10 de agosto, del 2 y 3 de setiembre, del 21 de junio, del 31 de mayo y del 5 de abril; despues de haber visto rodar sobre el cadalso la cabeza de un rey y de sus jueces, de una reina y de su acusador, de los Girondinos y de los retrógrados, de los moderados y de los Jacobinos; la Francia habia experimentado el mas espantoso y nauseabundo de todos los cansancios, el cansancio de sangre!

Habia vuelto pues, si no á la necesidad de la monarquía, al deseo á lo menos de un gobierno fuerte, digno de su confianza, que le sirviese de firme apoyo, que obrase por ella y le permitiese descansar mientras en su nombre obraba.

En lugar de este gobierno vagamente deseado, tenia el débil é irresoluto Directorio, compuesto á la sazón del voluptuoso Barras, del intrigante Sieyes, del bravo Moulins, del insignificante Roger Ducós y del honrado aun que demasiado cándido Gohier.

De tales elementos resultaba una mediana dignidad en el exterior, y una tranquilidad, bastante dudosa, en el interior.

Verdad es que, en la época á que nos referimos, nuestros ejércitos, cubiertos de gloria durante las campañas épicas de 96 y 97, y rechazados por un momento, gracias á la incapacidad de Scherer en Verona y en Casano, y á la derrota y muerte de Joubert en Novi, volvian á tomar otra vez la ofensiva. Moreau habia batido á Souvarov en Bassignana; Brune al duque de York y al general Hermann, en Bergen; Massena habia destruido á los austro-rusos en Zurich; Korsakoff pudo con gran dificultad salvarse, y el austriaco Hotz con otros tres generales, habian muerto, y cinco caido prisioneros.

Massena habia salvado la Francia en Zurich, como noventa años antes Villars la salvó en Denain.

En el interior, empero, no presentaban las cosas tan buen aspecto, pues el gobierno directorial se hallaba, fuerza es decirlo, bastante embarazado entre la guerra de la Vendee y las escandalosas escenas del Mediodía, á las cuales, segun su costumbre, estaba muy léjos de ser extraña la poblacion avinionense.

Algun motivo tendrian sin duda los dos viajeros que se apearon de la silla de posta á la puerta de la posada del *Palacio Real*, para temer el estado de los ánimos en la ciudad pontificia, constantemente agitada; puesto que, poco despues de Orgon, en una encrucijada que presenta al viajero tres distintos caminos, de los cuales se dirige uno á Nimes, á Carpentras el segundo, y el tercero á Aviñon, habia detenido el postillon los caballos, preguntando:

—Quieren los ciudadanos pasar por Aviñon ó por Carpentras?

—Cuál de los dos caminos es el mas corto? preguntó en tono seco uno de los viajeros, quien, sin embargo de presentar mayor edad que su compañero, contaba apenas treinta años.—Oh! el de Aviñon, ciudadano; á lo menos legua y media.—Entonces, repuso el viajero, tomad el de Aviñon.

Y emprendió de nuevo el coche un largo galope, señal segura de que los *ciudadanos* viajeros, como les llamaba el postillon, aunque la calificacion de *caballero* volvia á admitirse ya en la conversacion, pagaban treinta sueldos á lo menos de agujetas.

El mismo deseo de no perder tiempo manifestaron al entrar en la posada.

Tambien, como en el camino, fué el de mas edad el que tomó en ella la palabra. Preguntó si podria en el acto servirseles la comida, dando á conocer, con el tono de la pregunta, su disposicion á prescindir en lo posible de las exi-

gencias gastronómicas, con tal de que fuesen prontamente servidos.

—Ciudadanos, contestó el posadero, que atraído por el ruido del coche se habia presentado servilleta en mano á los viajeros, sereis pronto y bien servidos en vuestro cuarto; pero, si me permitieseis daros un consejo.....

Detúvose como dudando si debia proseguir.

—Oh! podeis darlo! dijo el mas jóven de los dos viajeros tomando por la primera vez la palabra.—Bueno, podriais comer en la mesa redonda, como hace en este momento el viajero á quien aguarda el coche que veis ahí preparado; la comida es excelente y bien servida.

Señaló, mientras así hablaba el posadero, un coche de elegante construccion que tenia en efecto enganchados dos caballos, cuya impaciencia no privó al postillon de desocupar tranquilamente, al lado de la ventana, una botella de vino de Cahors.

En el primer momento pareció que era rechazado el consejo por aquel á quien se acababa de dar; pero despues de reflexionar un instante, como si volviese á su primera determinacion el viajero de mas edad, hizo á su compañero un signo interrogativo.

Contestó este con una mirada que significaba:

—Sabeis que estoy á vuestras órdenes.—Pues bien, sea, dijo el que parecia tener la iniciativa, comeremos á la mesa redonda.

Volviéndose luego hácia el postillon, que con el sombrero en la mano aguardaba sus órdenes:

—Dentro de media hora, á mas tardar, le dijo, enganched los caballos.

Y siguiendo la indicacion del posadero, entraron los dos en el comedor, yendo el de mas edad delante, siguiéndole el otro.

Sabida es la impresion que causa generalmente la llegada de nuevas personas á una mesa redonda. Concentráronse en nuestros viajeros todas las miradas, interrumpiéndose la conversacion que parecia bastante animada.

Componian la reunion los parroquianos de la posada, el viajero cuyo coche hemos encontrado á la puerta, un tratante en vino de Burdeos, detenido momentáneamente en Aviñon por los motivos que luego veremos, y cierto número de viajeros que iban de Marsella á Lyon en la diligencia.

Saludaron los recién llegados con una ligera inclinacion de cabeza, colocándose al extremo de la mesa, separados de los demás por un espacio de tres ó cuatro sillas.

Esta especie de reserva aristocrática aumentó la curiosidad de que eran objeto, conociéndose que eran personajes de indisputable distincion, á pesar de la extremada sencillez de sus vestidos.

Llevaban ambos botas de montar que les pasaban de la rodilla, donde se ajustaba el calzon corto, casaca con largos faldones, sobretodo de viaje y sombrero de anchas alas,

que era á poca diferencia el traje de los jóvenes en aquella época; pero lo que les distinguia de los elegantes de París, y hasta de los de provincia, era su cabello liso y su corbata ajustada á la garganta, como acostumbran los militares.

Los *muscadines*, que era el nombre que se daba entonces á los jóvenes á la moda, llevaban grandes bucles sobre las sienes, trenzados los cabellos en forma de coleta, y una inmensa corbata con largos cabos flotantes, dentro de la cual entraba la barba.

Algunos llevaron la reaccion hasta hacerla invisible.

En cuanto á nuestros dos jóvenes presentaban dos tipos completamente opuestos.

El de mas edad, que, segun hemos dicho, habia diferentes veces tomado la iniciativa, y cuya voz, aun en sus entonaciones mas familiares, denotaba la costumbre de mando, era, como hemos indicado ya, un hombre de unos treinta años, de cabello negro, separado en medio de la frente, liso y cayendo á lo largo de las sienes hasta los hombros. Tenia el tinte atezado del hombre que ha viajado por los países meridionales, los labios delgados, la nariz recta, blancos los dientes, y los ojos tales como Dante los atribuye á César.

Era su estatura mas bien baja que alta, delicada su mano, pequeño y elegante su pié; descubriase en sus maneras cierto embarazo que daba á conocer llevaba en aquel momento un traje á que no estaba acostumbrado, y en su pronuncia-

cion, oida á márgenes del Loira, en lugar de las del Ródano, habríase fácilmente notado cierto acento italiano.

Tenia su compañero tres ó cuatro años menos que él.

Era este un hermoso jóven de rosadas mejillas, cabellos rubios, ojos azules, nariz gruesa y bien formada, barba muy pronunciada, pero casi lampiña. Era dos pulgadas mas alto que su compañero, y aunque su talla excedia por lo tanto de la regular, presentábase tan bien proporcionado en su conjunto, tan admirablemente suelto en todos sus movimientos, que sin dificultad se adivinaba que, sino una gran fuerza, tenia una destreza y agilidad poco comunes.

Aunque vestido de la misma manera y presentándose bajo la apariencia de igualdad, parecia tenerle al primero una deferencia muy respetuosa, la cual, no pudiendo ser debida á la edad, revelaba indudablemente alguna inferioridad en su respectiva posicion social. Dábale este además el nombre de *ciudadano*, al paso que le llamaba su compañero sencillamente Roland.

Todas estas particularidades, que hacemos notar á fin de iniciar mas profundamente al lector en nuestro relato, no fueron probablemente observadas en toda su extension por los que se sentaban á la mesa redonda; pues pasados algunos momentos, consagrados al exámen de los recién llegados, separáronse de ellos las miradas, volviendo á seguir su curso la conversacion por un instante interrumpida.

Preciso es decir que recaia sobre un asunto del mayor

interés para los viajeros: tratábase de la detencion de una diligencia que conducia una suma de sesenta mil francos, pertenecientes al gobierno. Habia sido detenida la víspera en la carretera de Marsella á Aviñon, entre Lambesc y Puente-Real.

A las primeras palabras relativas á este suceso aplicaron los dos jóvenes el oido con la mayor atencion.

Habia tenido lugar el hecho en la misma carretera por que acababan ellos de pasar, y el que lo contaba era uno de los principales actores de aquella escena de vandalismo.

Era el tratante en vino de Burdeos.

Los que mayor curiosidad manifestaban para enterarse de todos los detalles, eran los viajeros de la diligencia que acababa de llegar y debia muy luego continuar su marcha. Los demás, es decir, los que eran de la misma localidad, parecian bastante al corriente de esta clase de catástrofes para explicar todas sus circunstancias, en lugar de preguntarlas.

—Segun eso, ciudadano, dijo un grueso caballero en quien se apoyaba aterrizada una mujer alta y flaca, el robo ha tenido lugar en la misma carretera por donde acabamos de pasar?—Sí, ciudadano, entre Lambesc y Puerto-Real; habeis reparado un sitio en el que sube un poco la carretera y se oculta entre dos vericuetos? Hay allí cerca una infinidad de rocas.—Sí, sí, amigo mio, dijo la mujer apretando el brazo de su marido, yo lo he observado, como que te he dicho, has de tenerlo presente: vaya un mal punto, prefiero

pasarlo de día que de noche.—Oh! señora, contestó un jóven cuya voz afectaba el hablar gangoso de la época, y que de ordinario parecía ejercer en la mesa redonda la presidencia de la conversacion, para los compañeros de Jehú no hay día ni noche.—Cómo! ciudadano, preguntó la señora aun mas espantada, era de día cuando detuvieron el coche? —En medio del día, ciudadana, á las diez de la mañana.—Y cuántos eran? preguntó el corpulento marido.—Cuatro, ciudadano.—Emboscados en la carretera?—No; presentáronse á caballo, armados hasta los dientes y con máscaras.—Es su costumbre, repuso el jóven parroquiano de la mesa redonda; no lo sé, pero apuesto á que os dirian: «No os defendais, ningun mal se os hará, nosotros solo queremos el dinero del gobierno.»—Palabra por palabra, ciudadano.—Luego, prosiguió el que parecia tan bien enterado, se han apeado dos, entregando la brida de los caballos á sus compañeros, y han intimado al conductor á que les entregase el dinero.—Ciudadano, dijo maravillado el gordinflon, lo contais como si lo hubieseis visto.—Tal vez el señor estaba, dijo uno de los viajeros en tono bastante equívoco.—No sé, ciudadano, si con estas palabras habeis tenido la intencion de decir una grosería, contestó desdeñosamente el jóven que tan oportuna y finamente salia á la defensa del narrador; pero mis opiniones políticas no me permiten considerar vuestra sospecha como un insulto. Si hubiese tenido la desgracia de hallarme entre los atacados, ó el honor de contarme entre los ata-

caban, lo diria con igual franqueza en un caso que en otro; pero ayer mañana á las diez, en el momento preciso en que detenian la diligencia á cuatro leguas de aquí, yo estaba almorzando con sosiego en este mismo sitio; y cabalmente en compañía de los dos ciudadanos que me dispensan ahora tambien el obsequio de sentarse á mi derecha y á mi izquierda.—Y, preguntó el mas jóven de los dos viajeros últimamente llegados, á quien daba su compañero el nombre de Roland; y cuántos hombres erais en la diligencia?—Aguardad; creo que éramos... sí, éramos siete hombres y tres mujeres.—Siete hombres, sin contar el conductor? añadió Roland.—Por supuesto.—Y siete hombres os dejasteis saquear por cuatro bandidos? recibid mi parabien, señores.—Es que sabiamos con quién tratábamos, contestó el tratante en vino, y no teniamos necesidad de defendernos.—Cómo! repuso el jóven, con quién tratabais? me parece que tratabais con ladrones, con bandidos?—Nada de eso, pues declararon en seguida quienes eran.—Sin duda.—Cómo! dijeron quiénes eran?—Al detener el coche, dijeron: Caballeros, no hay necesidad de defenderos; señoras, no tengais el menor cuidado; nosotros no somos ladrones, somos los *Compañeros de Jehú*.—Es claro, dijo el jóven parroquiano, ellos lo advierten para que no haya equivocacion; esta es su costumbre.—Ah, ya, dijo Roland, quién es pues ese Jehú que tiene compañeros tan atentos? Es el capitan?—Caballero, contestó uno cuyo traje tenia algo de clérigo secularizado, y que pa-

recia al mismo tiempo, no solo un parroquiano de la mesa redonda, sí que también iniciado en los misterios de la honorable corporación sobre cuyos méritos se discutía, si estuviérais algo más versado de lo que pareceis estarlo en la lectura de los Libros Santos, sabriais que hace como dos mil seiscientos años que murió este Jehú, y que por consiguiente no puede en el día detener las diligencias en una carretera. —Señor abate, contestó Roland que había reconocido al hombre de iglesia, como á pesar del tono ágrío con que habláis pareceis bastante instruido, permitid á un pobre ignorante que os pida algunos detalles sobre ese Jehú, muerto dos mil seiscientos años atrás, y que no obstante tiene el honor de contar á esta fecha con compañeros que toman su nombre. —Jehú, contestó el eclesiástico con el mismo tono avinagrado, era un rey de Israel, consagrado por Eliseo, bajo la condición de castigar los crímenes de la casa de Achab y de Jezabel, condenando á muerte á todos los clérigos de Baal. —Señor abate, repuso riendo el jóven, os doy las gracias por vuestra explicación; no dudo que será exacta y sobre todo sabia; pero á pesar de todo, os aseguro que me quedo como antes. —Cómo! ciudadano, dijo el parroquiano de la mesa redonda, no comprendéis que Jehú es su majestad Luis XVIII, consagrado bajo la condición de castigar los crímenes de la revolución, condenando á muerte á los presbíteros de Baal, esto es, á todos los que han tomado una parte cualquiera en el abominable estado de cosas que desde

siete años acá se llama la república?—Ah! ya, dijo el jóven, ya comprendo. Pero entre aquellos á quienes están encargados de castigar los compañeros de Jehú, contáis á los bravos soldados que han arrojado al extranjero de las fronteras, y á los ilustres generales que han mandado los ejércitos del Tyrol, de Sambre-et-Meuse y de Italia?—Sin duda, estos son los primeros.

Echaban llamas los ojos del jóven, dilatose su nariz, contragéronse los labios é iba á levantarse de la silla; pero su compañero, tirándole de la casaca, le hizo sentar, imponiéndole silencio con una sola mirada.

Tomó él luego la palabra por primera vez, y dirigiéndose al jóven parroquiano, le dijo:

—Ciudadano, escuchad á dos viajeros que vienen de la otra parte del mundo, como si dijéramos de América ó de la India, y que habiendo salido de Francia hace diez años, ignoran completamente lo que pasa y desean ponerse al corriente. —Oh! nada más natural, ciudadano, contestó aquel á quien se habían dirigido estas palabras; preguntad y se os contestará. —Bueno, prosiguió el jóven de mirada de águila y negros cabellos, ya que estoy enterado de quien es ese Jehú y del objeto con que se ha organizado su compañía, desearía saber qué destino se da á los fondos que reúne. —Oh! Dios mio! es muy sencillo, ciudadano; sabreis que se trata de la restauración de la monarquía borbónica?—No, nada de esto sé, contestó con un tono que se esforzaba en vano á presen-

tar natural; vengo, como os he dicho, de la otra parte del mundo.—Cómo! esto no sabéis? Pues bien! Dentro de seis meses será un hecho consumado.—De veras?—Como tengo el honor de deciros, ciudadano.

Cambiaron los dos jóvenes de aspecto militar una mirada y una sonrisa, aunque el mas joven parecía poseido de el una viva impaciencia.

Su interlocutor prosiguió:

—Lyon es el cuartel general de la conspiracion, si es que pueda darse este nombre á un complot que se organiza á la vista de todo el mundo; podriamos llamarle gobierno provisional.—Bueno: ciudadano, dijo el joven con una condescendencia no del todo exenta de zumba, llamémosle gobierno provisional.—El gobierno provisional pues tiene su estado mayor y sus ejércitos.—Bah! su estado mayor, quizás... pero sus ejércitos...—Sus ejércitos, vuelvo á repetirlo.—¿Dónde están?—Uno que se organiza en las montañas de Auvernia, á las órdenes de M. Chardon, otro en las montañas del Jura bajo la direccion de M. Teyssonnet, y en fin el tercero que opera, y por cierto con muy buen éxito, en la Vendee, mandado por Escarboville, Aquiles Lleblond y Caudoual.—En verdad, ciudadano, que me haceis un grande obsequio comunicándome todas estas noticias. Yo creia á los Borbones completamente resignados al destierro; me figuraba la policia montada de manera, que fuese imposible la existencia de ningun comité provisional realista en las ciudades,

ni de bandidos en los caminos. Suponia en fin á la Vendee enteramente pacificada por el general Hoche.

El joven á quien se dirigia esta contestacion, soltó una gran carcajada.

—De dónde venís pues? exclamó, de dónde venís?—Ya os lo he dicho, del confin mas apartado del mundo.—Bien se conoce.

Y continuó diciendo:

—Ya veis pues que los Borbones no son ricos; los emigrados, cuyos bienes han sido vendidos, están arruinados, y es imposible organizar dos ejércitos y mantener otro en campaña sin tener dinero. Era por consiguiente bastante crítica la situacion, la república habria podido únicamente auxiliar á sus enemigos; mas, como no era de esperar que se prestase á ello de buen grado, prescindiendo de entablar con ella una negociacion difícil, creyóse que era mas sencillo tomarle su dinero, que pedírselo.—Ah! ya voy comprendiendo.—Me alegro.—Los *Compañeros de Jehú* son pues los intermediarios entre la república y la contrarevolucion, los recaudadores de los generales realistas.—Sí, esto no es un robo, es una operacion militar, un hecho de armas como otro cualquiera.—Cabal; y héos aquí ahora tan enterados como nosotros sobre el particular.—Pero, murmuró tímidamente el tratante en vino de Burdeos, si los *Compañeros de Jehú*, advertid que yo no hablo mal de ellos, si los *Compañeros de Jehú* se contentasen con el dinero del gobierno...—El del gobierno



quieren únicamente; nadie podrá decir que hayan quitado un maravedí á ningun particular.—Nadie?—Nadie.—Cómo se explica pues que ayer, con el dinero del gobierno se hayan llevado un cartucho de doscientos luses que me pertenecen?—Ya os he dicho, querido, contestó el jóven parroquiano, que en esto habria alguna equivocacion, y que tan cierto como yo me llamo Alfredo de Barjols, os será restituido, un dia ú otro, vuestro dinero.

El tratante en vino dejó escapar un suspiro, moviendo la cabeza de tal modo, que bien se conocia que, á pesar de la seguridad que se le daba, no dejaba de tener sus dudas.

Mas en aquel mismo instante, como si la confianza manifestada por el jóven noble que acababa de descubrir su condicion social pronunciando su nombre, hubiese excitado la delicadeza de los que tan resueltamente defendia, detúvose un caballo á la puerta, oyéronse pasos en el corredor y, abriéndose la puerta de la sala, entra en ella un hombre con máscara armado hasta los dientes.

—Caballeros, dijo en medio del profundo silencio que habia causado su aparicion, hay entre vosotros un viajero llamado Juan Picot, que iba ayer en la diligencia que fué detenida entre Lambesc y Puente-Real?—Sí, dijo el tratante en vino, profundamente sorprendido.—Sois vos? preguntó el enmascarado.—Yo soy.—Os quitaron algo ayer?—Sí, un cartucho de doscientos luses, que habia conñado al conductor.—Y yo debo añadir, dijo el jóven noble, que en este mis-

mo instante estaba hablando de dicha cantidad, que consideraba como perdida.—Pues se ha equivocado, contestó el desconocido, nosotros hacemos la guerra al gobierno, no á los particulares; somos recaudadores, no ladrones; ahí tenéis, caballero, vuestros doscientos luses, y si otra vez os sucediese igual percance, no debeis tener reparo en reclamar, y para entonces acordaos del nombre de Morgan.

Hablando así, depositó el enmascarado un talego de oro á la derecha del tratante en vino, saludando cortesmente á todos los que se hallaban en la mesa, á quienes dejó aterrificados ó estupefactos tanto atrevimiento.

## II.

### Un proverbio italiano.

Aunque los sentimientos que acabamos de indicar son los que dominaron en la reunion, no se manifestaron de igual modo en todos los circunstancias. Fueron mas ó menos notables, segun el sexo, la edad, el carácter, y hasta la posicion social de las diferentes personas que presenciaron aquel acto de extraordinario arrojo.

El tratante en vino, Juan Picot, principal interesado en la escena que acababa de tener lugar, reconociendo á la primera mirada, por el traje, las armas y la máscara, á uno